

LA TERCERA FASE DE DESARROLLO EMOCIONAL PRIMITIVO: LA FASE DE COMPRENSIÓN DEL MUNDO COMPARTIDO

DIANA MAYA MORONES

Doctora en Investigación Psicoanalítica por Colegio Internacional de Educación Superior CiES. Colaboradora de la Dra. Concepción Rabadán Fernández en la creación e impartición del Curso en línea "Introducción a las Prácticas de Winnicott" por el CiES. Docente de nivel básico en la Secretaría de Educación Pública y psicoterapeuta de corte psicoanalítico en la clínica privada.

Recepción: 27 mayo 2026/ Aceptación: 14 junio 2026

RESUMEN

El presente artículo examina la tercera fase del Desarrollo emocional primitivo en la teoría de Donald W. Winnicott: la fase de comprensión del mundo compartido. Se analiza el tránsito fundamental desde la delimitación corporal de la "membrana de la piel" hacia el establecimiento de una "frontera del yo" simbólica y espacial. A través de una revisión conceptual, se explora cómo el paso de la dependencia absoluta a la independencia social está mediado por la capacidad de usar los objetos, proceso que depende de la supervivencia del objeto frente a la destructividad fantasiosa del bebé y de la instauración del espacio transicional. Asimismo, se abordan las implicaciones de la relacionalidad del yo, tales como la capacidad de estar solo y el abordaje clínico del silencio en la transferencia. Finalmente, se destaca la tensión entre el acceso al lenguaje compartido y el derecho inalienable del sujeto a salvaguardar el núcleo incomunicado del *self verdadero* frente a las intrusiones del entorno.

PALABRAS CLAVE

Desarrollo emocional primitivo, Frontera del Yo, Uso del objeto, Núcleo incomunicado, Relacionalidad del Yo, Tercera fase del Desarrollo emocional primitivo, Self verdadero.

SUMMARY

This essay examines the third stage of primitive emotional development in Donald W. Winnicott's theory: the stage of concern (the understanding of a shared world). It

analyzes the fundamental transition from the bodily delimitation of the "skin-ego" toward the establishment of a symbolic and spatial "ego-boundary." Through a conceptual review, it explores how the transition from absolute dependence to social independence is mediated by the capacity to use objects, a process that depends on the survival of the object faced with the infant's delusional destructiveness, as well as the establishment of the transitional space. Furthermore, the clinical implications of ego-relatedness are addressed, such as the capacity to be alone and the clinical approach to silence in the transference. Finally, the article highlights the tension between access to shared language and the subject's inalienable right to safeguard the incommunicado core of the true self against environmental intrusions.

KEY WORDS

Primitive emotional development, Third stage of primitive emotional development, Ego-boundary, Use of an object, Ego-relatedness, Incommunicado core, True self.

RÉSUMÉ

Cet essai examine la troisième phase du développement affectif primitif dans la théorie de Donald W. Winnicott : la phase de compréhension du monde partagé. Il analyse la transition fondamentale de la délimitation corporelle de la « membrane de la peau » vers l'établissement d'une « frontière du Moi » symbolique et spatiale. À travers une révision conceptuelle, il explore comment le passage de la dépendance absolue à l'indépendance sociale est médié par la capacité d'utiliser les objets, un processus qui dépend de la survie de l'objet face à la destructivité fantasmatique du nourrisson et de l'instauration de l'espace transitionnel. De même, les implications cliniques de la relationnalité du Moi sont abordées, telles que la capacité d'être seul et l'approche clinique du silence dans le transfert. Enfin, l'article met en évidence la tension entre l'accès au langage partagé et le droit inaliénable du sujet à sauvegarder le noyau incommode du vrai soi face aux intrusions de l'environnement.

MOTS CLÉS

Développement affectif primitif, Troisième phase du développement affectif primitif, Frontière du Moi, Utilisation de l'objet, Relationnalité du Moi, Noyau incommunicable, Vrai soi.

INTRODUCCIÓN

El marco general del Desarrollo emocional primitivo se encuentra estructurado metodológicamente a través de tres grandes hitos conceptuales: la integración, la personalización y la comprensión. Cada uno de estos procesos se corresponde con una fase de sostén o provisión ambiental que permite al infante tener la ilusión de crear, habitar su propio cuerpo y, eventualmente, reconocer el mundo que lo rodea. No obstante, es en la tercera fase -la fase de comprensión del mundo compartido -donde se juega la consolidación formal del aparato psíquico y el establecimiento de una frontera definitiva entre el yo y el mundo externo. Si las fases previas proveen las bases para que el bebé "sea" y delimite su mundo interior, la fase de comprensión introduce al sujeto en las coordenadas de la realidad objetiva, la temporalidad y la socialización madura.

Se propone examinar los ejes constitutivos de esta tercera fase de desarrollo abordando el tránsito crítico desde la "membrana de la piel" hacia la "frontera del yo", los procesos que posibilitan dicha transformación —tales como la supervivencia del objeto y la emergencia de la primera posesión no-yo—, y las implicaciones estructurales de un yo consolidado. Asimismo, se analizará el proceso madurativo del individuo a través de las categorías de dependencia absoluta, dependencia relativa y el movimiento hacia la independencia social. Finalmente, se abordará la dimensión de los fenómenos transicionales, la transición de la relación de objeto al uso del objeto, y las complejas dinámicas de la comunicación y el derecho inalienable al no-comunicarse, esenciales para salvaguardar el núcleo sagrado del *self* verdadero.

I. EL TRÁNSITO DE LA MEMBRANA A LA FRONTERA DEL YO Y LAS FASES PREVIAS

Para comprender de manera cabal la especificidad y la sofisticación de la fase de comprensión, resulta indispensable trazar el hilo conductor de la organización psíquica desde sus etapas más tempranas e incipientes. El psiquismo no aparece de forma espontánea, sino que se despliega a través de tres fases clave que marcan la pauta de la estructuración del yo.

La primera fase se identifica como la **Fase de Sostén (Integración / No-integración)**. Durante este periodo primario se funda el núcleo del mundo interior, conceptualizado bajo el término del *yo-self*. La experiencia subjetiva en esta etapa es de naturaleza estrictamente *unicorporal*, caracterizándose por un estado rudimentario que delimita lo que es "parte de mí - distinto de mí que hace mí" (lo propio del ser). Es una fase donde el bebé es sostenido y donde la ilusión de experiencia de omnipotencia eclipsa cualquier atisbo de vacío existencial, permitiendo al infante habitar un presente inmediato y absoluto. Para Winnicott el yo es un yo de experiencias.

A este estado le sigue el segundo gran hito: la **Fase Depresiva (o de preocupación)**. En esta fase, los núcleos de identidad previamente fundados comienzan a unificarse y a ser cobijados por lo que la clínica define como la *membrana de la piel* o el *yo-piel*. La instauración de esta membrana representa un salto cualitativo crucial, dado que organiza por primera vez la intimidad entre un *interior* y un *exterior*.

"...en la fase depresiva el niño con un esquema corporal capaz de sostener el funcionamiento del objetoyoself, crea el yopiel, mira al pasado, piensa por sí mismo y hace experiencias del ello. La madre pensaba por él, ahora piensa por sí mismo. El mundo interior se ha creado por el recubrimiento de la membrana yopiel que marca una intimidad con un interior y un exterior..." (62)[1].

Finalmente, se transita hacia la tercera fase: la **de Comprensión de la realidad compartida**. Este logro representa el escenario en el cual la organización del mundo interior -propia de las fases previas- madura y se consolida como el aparato psíquico de un yo formal. La delimitación o "frontera constitutiva" del yo con respecto a la alteridad y al entorno externo se alcanza precisamente cuando la membrana adaptativa del *yo-piel* realiza un tránsito hacia una verdadera *frontera del yo*. Ya no se trata

únicamente de un límite epidermico o corporal que separa lo interior de lo exterior, sino de un límite simbólico y espacial marcando un adentro y un afuera que faculta a la persona para comprender la existencia de una realidad objetiva, compartida e independiente de sus propios deseos y proyecciones omnipotentes.

II. LA METAMORFOSIS DE LA MEMBRANA YO-PIEL A LA FASE DE COMPRENSIÓN

La metamorfosis de la membrana adaptativa del *yo-piel* a una frontera formal del yo, no ocurre en el vacío, ni es producto de un determinismo madurativo; ocurre en la paradoja donde la destructividad dota de exterioridad al entorno en la fase depresiva. “El sujeto le dice al objeto: ‘Te destruí’, y el objeto está allí para recibir el mensaje. De ahí en adelante el sujeto dice: ‘Te destruí, pero te amo; tú tienes valor para mí porque sobrevives a mi destrucción’ (121) [2].

En este punto, el eje del desarrollo es la destrucción del objeto. Cuando el bebé “destruye” al objeto en su fantasía -impulsado por las insatisfacciones y desilusiones- constata que dicho objeto sobrevive en la realidad exterior sin dañarse, sin desaparecer y sin tomar represalias, acontece un cambio psíquico fundamental. Al sobrevivir a la destrucción, el objeto demuestra su independencia exterior, lo cual permite al aparato psíquico flexibilizar sus límites omnipotentes, abandonar el control mágico y aceptar la alteridad en términos de una realidad compartida.

Es fundamental advertir que esta capacidad para destruir al objeto en la fase depresiva no surge de la nada; tiene como antecedente estructural la agresión primaria experimentada en la primera fase de integración. Al respecto, Winnicott refiere que: “la agresión experimentada por el infante, la propia del erotismo muscular, del movimiento y de las fuerzas irresistibles que chocan con objetos firmes, esta agresión decimos, y las ideas ligadas a ella, se prestan al proceso de ubicar al objeto, a ubicarlo como separado del self, y en esta medida el self comienza a emerger como entidad” (237) [2].

De este modo, mientras que en la fase de integración- no integración, la agresión ligada a la motilidad y al erotismo muscular funciona como una fuerza que permite al self comenzar a emerger como entidad y delimitarse frente al no-self, en la fase

depresiva la destructividad da un vuelco cualitativo. Ya no se trata de fundar el self mediante el choque con la resistencia del entorno, sino de usar la destrucción fantaseada para ubicar al objeto fuera de la omnipotencia subjetiva y reconocer, por primera vez, una verdadera separación de cuerpos. El objeto adquiere el estatuto de exterioridad, fundando las condiciones objetivas indispensables para que surja la “primera posesión-No-Yo.

La Primera Posesión No-yo

El advenimiento del objeto transicional representa un eje constitutivo del desarrollo emocional primitivo saludable en la fase de comprensión. Las experiencias del niño sano se expresan ante todo en el uso del objeto transicional —que puede encarnarse en un osito de peluche, una manta blanda o un juguete específico— el cual habita en un territorio singular: una zona intermedia de experiencia. El objeto transicional no se confunde con una fantasía internalizada ni se pierde en la pura objetividad del mundo externo; representa la primera posesión no-yo del niño. Al reconocer con claridad un objeto que formalmente "no soy yo", pero que simultáneamente "me pertenece" y se encuentra bajo mi dominio, el yo logra delimitar con nitidez y precisión su propio territorio subjetivo, separándolo del mundo objetivo. Es precisamente en este lindero donde Winnicott introduce sus teorizaciones fundamentales: "Introduzco los términos 'objetos transicionales' y 'fenómenos transicionales' para designar la zona intermedia de experiencia, entre el pulgar y el osito, entre el erotismo oral y la verdadera relación de objeto, entre la actividad creadora primaria y la proyección de lo que ya se ha introyectado..." (18) [3].

Para Winnicott la capacidad de usar objetos es el resultado del proceso de maduración psíquico. “Lo que existe entre la relación y el uso es la ubicación del objeto, por el sujeto, fuera de la zona de su control omnipotente, es decir, su percepción del objeto como un fenómeno exterior, no como una entidad proyectiva, y en rigor su reconocimiento como una entidad por derecho propio” (120) [2].

III. La relacionalidad del Yo: Implicaciones existenciales de la constitución del Yo formal

Esta conquista en la localización del objeto externalizado transforma cualitativamente la estructura psíquica del infante. Al verse relevado de la necesidad de sostener al mundo bajo un control mágico, el aparato psíquico logra organizarse de manera sólida y el yo se consolida formalmente en la fase de comprensión. A partir de este hito, las coordenadas fundamentales de la experiencia subjetiva humana se modifican de raíz, trayendo consigo cuatro implicaciones existenciales e interdependientes que redefinen la relacionalidad del sujeto:

El paso del "Ser" al "Hacer", y de este al "Tener". En las etapas más tempranas e indiferenciadas, la relación del bebé con el mundo es de orden ontológico: el bebé "es" el pecho o confunde su propio ser con el núcleo del entorno (donde coexisten el elemento femenino puro del "Ser" y el elemento masculino del "Hacer"). Con la llegada de la fase de comprensión y el establecimiento de la frontera formal, el yo evoluciona hacia una lógica de posesión simbólica; el individuo adquiere la capacidad psíquica de poseer objetos separados, teniendo formalmente su primera posesión no-yo. El lenguaje y los fenómenos transicionales —como el parloteo o la repetición de melodías antes de dormir— se vuelven los instrumentos a través de los cuales el niño ensaya de forma creadora este estatuto del tener sin perder su anclaje en el ser.

La distinción entre el "Adentro" y el "Afuera": Winnicott insiste en la necesidad clínica de diferenciar conceptualmente esta oposición del binomio interior-exterior propio de la fase depresiva. Mientras que lo interior y lo exterior remiten a la intimidad corporal, con la mente ayudando a la vida psicosomática, la distinción entre el adentro y el afuera instituye una frontera netamente simbólica y espacial. Esta frontera opera dentro de un mundo percibido de manera objetiva, verificable y socialmente compartido, permitiendo que la comunicación no sea una intrusión, sino un puente entre dos realidades independientes.

La capacidad de estar solo en presencia de alguien: Este logro, desarrollado ampliamente por el autor en su texto de 1958, [4] es calificado como uno de los signos más fidedignos de madurez emocional. Esta capacidad, que se despliega inicialmente

en la segunda fase entre dos personas (la madre que sostiene ambientalmente mientras el bebé juega), se continúa y se consolida en la tercera fase como una capacidad para estar a solas, pero ahora entre tres personas completas.

A partir de este andamiaje, se devela una paradoja fundacional de la clínica winnicottiana: “se trata de la experiencia de estar solo mientras alguien más está presente” (38) [4]. Esta condición no implica un aislamiento defensivo; por el contrario, instituye un tipo especial de relación donde el niño pequeño puede ensayar la soledad gracias a que la madre o su sustituto, permanecen de forma confiable e inmediata en el entorno, representados sutilmente por la atmósfera general del ambiente, la cuna o el cochecito. Winnicott refiere que a él le agrada la expresión “relacionalidad del yo” para describir este vínculo. “La relacionalidad del yo es la relación entre dos personas en la cual por lo menos una de ellas está sola; quizá lo estén ambas, pero la presencia de cada una es importante para la otra.” (38) [4].

La fortaleza de la frontera yoica (el límite simbólico que el niño construyó entre el adentro y el afuera) se pone a prueba cuando el desarrollo emocional empuja al sujeto a encarar la sexualidad y la triangulación edípica. Winnicott ilustra la imbricación entre las experiencias del ello y la capacidad de estar solo al analizar lo que ocurre después de la cópula en la vida adulta: en una pareja sana, tras el cese de la excitación instintiva, cada uno de los miembros es capaz de retornar naturalmente al silencio y disfrutar de la soledad junto al otro, habitando un estado de retraimiento (relajación o descanso) libre y conforme, exento de la angustia que provocaría la falta de integración corporal.

No obstante, para que el adulto logre esta concordancia, el niño primero debió haber conquistado la capacidad de estar solo frente al enigma de la escena primaria. El abordaje winnicottiano del complejo de Edipo no se limita a la rivalidad, sino a la aptitud del Yo para tolerar la exclusión en un marco tripersonal o triangular. En la escena primaria, el niño percibe o imagina una relación excitada entre los padres. Si el niño posee una relacionalidad del yo lo suficientemente fuerte, es capaz de aceptar esta relación entre sus padres, dominando el odio derivado de su exclusión y poniéndolo, de manera creadora, al servicio de la masturbación.

“En la masturbación, el niño que es la tercera persona en una relación tripersonal o triangular, acepta toda la responsabilidad por la fantasía consciente o inconsciente. Ser capaz de estar solo en esas circunstancias implica una madurez del desarrollo erótico, una potencia genital, o la correspondiente aceptación femenina; supone la fusión de los impulsos e ideas agresivos y eróticos, y también una tolerancia a la ambivalencia; además habría naturalmente una capacidad del individuo para identificarse con cada uno de los progenitores” (39) [4].

De este modo, la tramitación exitosa del escenario edípico y la capacidad de resguardo que ofrece la fantasía masturbatoria anticipa la estabilización definitiva del aparato psíquico. Este logro madurativo se traduce directamente en la instauración de una realidad psíquica estructurada. El yo consolidado adquiere la plasticidad necesaria para soñar de forma simbólica, tolerar la ambivalencia (amar y odiar al mismo objeto) y sostener un tiempo presente articulado con el pasado y el futuro (temporalidad subjetiva). Esta estructura faculta al sujeto para participar activamente en la vida social y cultural sin la necesidad imperiosa de recurrir a mecanismos de defensa extremos como la escisión defensiva o la tendencia antisocial.

IV. TRANSICIONES DE LA DEPENDENCIA HACIA LA INDEPENDENCIA EN LA SOCIALIZACIÓN

El desarrollo de la madurez emocional en el ser humano implica la delimitación intrapsíquica de sus fronteras en el espacio transicional entre paradojas que involucra de manera potencial su capacidad de socialización. La madurez en la salud supone que el adulto sea capaz de identificarse con la sociedad y asumir responsabilidades con respecto a su mantenimiento o transformación, sin tener que sacrificar su espontaneidad y creatividad personal. Para dar cuenta de la complejidad de este proceso, se sintetizan las tesis de Winnicott en su escrito de 1963, *De la dependencia a la independencia en el desarrollo del individuo* [5] donde formula un modelo existencial que va de la mano con la provisión ambiental y el cuidado infantil:

A. Dependencia Absoluta

Esta fase inicial se caracteriza por el estado del bebé durante sus primeras semanas de vida. En este periodo, el infante se halla completamente supeditado al cuidado de los padres, quienes tienen la tarea de proveer lo necesario para que las tendencias heredadas y los procesos de maduración de la criatura no se vean afectados.

El fundamento de este momento constitutivo reside en la denominación que Winnicott otorga al estado psicológico transitorio de la madre: la *“preocupación maternal primaria”*. Hacia las postrimerías del embarazo y durante las primeras semanas posteriores al parto, la madre se entrega de forma casi absoluta al cuidado del niño. El bebé parece formar parte de ella, y debido a una identificación masiva sustentada en sus propias vivencias infantiles, la madre sabe con precisión cómo se siente su hijo. Esta sumisión natural sumerge a la madre en un estado de profunda dependencia y vulnerabilidad, es la preocupación maternal primaria, la que garantiza un elevado grado de adaptación activa que el niño requiere. Al amoldarse de forma casi milimétrica a las necesidades del bebé, la madre protege su *continuidad existencial*. Si esta continuidad es interrumpida por fallas adaptativas graves o intrusiones, el niño reacciona fragmentándose, lo cual interfiere severamente con su tendencia natural a convertirse en una unidad integrada dotada de pasado, presente y futuro.

“Mi tesis es que en la fase más precoz estamos tratando con un estado muy especial de la madre, una condición psicológica que merece un nombre, como puede ser el de preocupación maternal primaria. Sugiero que la literatura psicoanalítica no ha rendido tributo suficiente a una condición psiquiátrica muy especial de la madre acerca de la cual deseo decir lo siguiente:

Gradualmente se desarrolla y se conviene en un estado de sensibilidad exaltada durante el embarazo y especialmente hacia el final del mismo.

Dura unas cuantas semanas después del nacimiento del pequeño.

No es fácilmente recordado por la madre una vez que se ha recobrado del mismo.

Iría aún más lejos y diría que el recuerdo que de este estado conservan las madres tiende a ser reprimido” (399) [6].

“La madre que sabe entregarse durante un breve periodo a esta sumisión natural, sabe igualmente proteger la continuidad existencial de su hijo. Todas las amenazas, conflictos o fallos de adaptación suscitan en la criatura una reacción que trunca la citada continuidad” (103) [5].

B. Dependencia Relativa

La segunda fase corresponde al momento en que la adaptación materna absoluta, comienza a disminuir de forma paulatina y gradual. La gran mayoría de las madres presentan una competencia intuitiva para aportar una desadaptación gradual perfectamente sincronizada con los progresos evolutivos del niño. En este punto, se establece una distinción fundamental: el infante transita de una dependencia que estaba totalmente fuera de su alcance conceptual a una dependencia de la cual ya puede conocer y colegir algo.

El hito fundamental de la dependencia relativa es el nacimiento de la *capacidad de comprensión intelectual*; el bebé ya piensa por sí mismo: la madre se sigue encargando del caos y el bebé se encarga ahora, de las fallas saludables del ambiente, al pensar, haciendo vida psicosomática. Esta capacidad se expande a partir de procesos simples, permitiendo al niño asimilar la realidad objetiva. Por ejemplo, la criatura en espera de su alimento. “Llegará un momento en el desarrollo en que el niño, al escuchar los ruidos provenientes de la cocina que anuncian la preparación de la comida, no se excitará ni se desesperará de forma instintiva, sino que empleará dichos estímulos auditivos para poner en marcha su capacidad de espera y comprensión intelectual” (104) [5]. En esta misma fase, el niño empieza a cobrar conciencia de que la madre es un ser separado y necesario, lo cual lo prepara internamente para enfrentarse de manera paulatina a las vicisitudes de la pérdida y la separación. Para que esta transición sea exitosa “el cuidado infantil debe caracterizarse por un modo firme, estable y predecible de presentarle el mundo a la criatura, labor que debe ser ejecutada por seres humanos reales que se muestren auténticamente como ellos mismos, lejos de la perfección mecánica de las máquinas” (105-106) [5].

C. Hacia la Independencia

La tercera fase, si el espacio transicional entre paradojas (fenómenos transicionales y tercera zona de experiencia) funciona, describe de manera elocuente las intensas luchas emocionales que caracterizan los periodos del niño deambulador con el control de esfínteres, el niño púber y el adolescente. Una vez que las fases previas se han establecido de forma saludable, la persona se encuentra en condiciones de enfrentar el mundo exterior y sus complejidades crecientes, debido a que proyecta en el entorno social aquello que ya reside integrado en su propio *self*. El niño comienza a identificarse con la sociedad en círculos concéntricos cada vez más amplios, entendiendo que la comunidad local funciona como una muestra tanto de su mundo personal como de los fenómenos externos.

Durante la latencia, los niños suelen experimentar satisfacción bajo el amparo de la dependencia familiar, delegando en la institución escolar el papel de sustituto del hogar. No obstante, al sobrevenir la pubertad y la adolescencia, el proceso de socialización enfrenta tensiones mayúsculas. “En la práctica vemos a nuestros adolescentes pasar de un agrupamiento a otro, ampliando continuamente el círculo e incluyendo los fenómenos nuevos y cada vez más extraños que la sociedad genera” (119) [5].

“En este escenario, la presencia y el sostén de los padres siguen siendo de vital importancia. Los adultos son requeridos para supervisar que el pasaje entre círculos sociales no sea excesivamente rápido o peligroso, y para ayudar al joven a metabolizar las tensiones y pautas instintivas que reaparecen con fuerza a raíz de la pubertad y el desarrollo de la capacidad sexual. Finalmente, la inserción en el mundo adulto se consolida cuando el individuo halla un nicho laboral y conyugal, logrando una transacción funcional entre la herencia parental y su identidad desafiante” (120) [5].

Winnicott aclara de manera contundente que “la independencia definitiva jamás es absoluta” (120) [5]; el adulto sano no se aísla, sino que mantiene una relación de interdependencia madura con su medio ambiente. Esta inserción en la vida comunitaria e independiente es posible gracias a que el sujeto ha consolidado una zona intermedia de experiencia. Es a través del juego y de la relación con el entorno que el individuo

logra habitar el mundo compartido, lo que nos lleva a examinar el siguiente eje articulador.

V. OBJETOS TRANSICIONALES, FENÓMENOS TRANSICIONALES Y LA EXPERIENCIA DEL USO DEL OBJETO

El análisis minucioso de la zona intermedia de la experiencia constituye uno de los ejes conceptuales de la clínica winnicottiana, situándose en el corazón mismo de la fase de comprensión.

1. Del pulgar al objeto: la primera posesión no-yo

Winnicott observa la existencia de un intervalo temporal sumamente significativo entre las conductas del recién nacido —quien introduce su puño, dedos o pulgar en la boca, una actividad autoerótica que rápidamente se desplaza hacia la zona de los fenómenos transicionales y el campo de la ilusión— y la posterior capacidad del niño para jugar con muñecas o juguetes ofrecidos por los padres. “Este pasaje se vincula en el tiempo con los fenómenos autoeróticos y la succión del puño y del pulgar, y más adelante con el primer animal o muñeca blandos y con los juguetes duros” (32) [3]. Por otra parte, tiene vinculaciones con el objeto exterior (el pecho materno) y con los objetos internos (el pecho mágicamente introyectado), pero es distinta de ellos. Los objetos y fenómenos transicionales pertenecen al reino de la ilusión que constituye la base de iniciación de la experiencia. Esa primera fase del desarrollo es posibilitada por la capacidad especial de la madre para adaptarse a las necesidades de su hijo, con lo cual le permite forjarse la ilusión de que lo que él cree existe en la realidad.

2. De la Relación de Objeto al Uso del Objeto

Uno de los aportes más tardíos y refinados de Winnicott proviene de su trabajo de 1969, *El uso de un objeto y la relación por medio de identificaciones* [2]. Aquí se diferencia de forma tajante la "relación de objeto" del "uso del objeto", es que relacionarse con el objeto es una experiencia que puede describirse enteramente en términos de un sujeto considerado como un aislado. En el relacionarse, el sujeto opera mediante mecanismos proyectivos y de identificación; el objeto es un manojito de

proyecciones subjetivas y se encuentra bajo el control onnipotente del infante. El ambiente y la alteridad son filtrados de manera exclusiva a través del narcisismo del Yo. Por el contrario, el *usar* un objeto da por sentada la relación previa, pero añade cualidades cualitativamente distintas. Winnicott detalla que para que el sujeto pueda usar un objeto, es forzoso que éste sea real, que forme parte de la realidad compartida y que sea aceptado en su existencia independiente y en su propiedad de encontrarse presente de forma continua como una cosa en sí misma, ajena a las proyecciones del sujeto. Este cambio fundamental del relacionarse al usar no se produce de forma automática por maduración biológica. El paso al uso del objeto exige que el sujeto desarrolle una capacidad psíquica específica que coincide con el acceso definitivo al principio de realidad, proceso que depende enteramente del acompañamiento de una madre u objeto lo bastante bueno capaz de sobrevivir a la destrucción fantasiosa del niño.

Para usar un objeto es preciso que el sujeto haya desarrollado una capacidad que le permita usarlos. Esto forma parte del paso al principio de realidad... Lo que existe entre la relación y el uso es la ubicación del objeto, por el sujeto, fuera de la zona de su control onnipotente, es decir, su percepción del objeto como un fenómeno exterior, no como una entidad proyectiva, y en rigor su reconocimiento como una entidad por derecho propio (120-121) [2].

3. La Paradoja Transicional y el valor de la ilusión

El rasgo indispensable y constitutivo de los fenómenos transicionales es el sostenimiento de una paradoja lógica insoslayable. “La zona intermedia de experiencia, no discutida respecto de su pertenencia a una realidad interna o exterior (compartida), constituye la mayor parte de la experiencia del bebé, y se conserva a lo largo de la vida en las intensas experiencias que corresponden a las artes y la religión, a la vida imaginativa y a la labor científica creadora” (32) [3].

Por lo general, el objeto transicional del bebé se descarga poco a poco, en especial a medida que se desarrollan los intereses culturales. De estas consideraciones surge la idea de que la paradoja aceptada puede tener valor positivo. Su solución conduce a una organización de defensa que en el adulto se puede encontrar como

autoorganización verdadera o falsa. El desarrollo emocional saludable exige que los adultos y el entorno respeten escrupulosamente las reglas del juego implícitas: jamás se debe desafiar al niño a responder de forma dicotómica a la pregunta inquisidora de si él creó ese objeto o si simplemente lo encontró.

Es en este espacio intermedio como tercera zona de experiencia que une y separa lo subjetivo de lo objetivo, donde se localizan también los fenómenos transicionales y, posteriormente, el lenguaje y la escritura. El habla no es una mera adquisición cognitiva, sino un logro emocional ligado a las tres fases especialmente a la depresiva y a la de comprensión. Para comunicarse explícitamente con un objeto percibido objetivamente, el niño debe aceptar la paradoja de que las palabras no le pertenecen en exclusiva, sino que son convenciones culturales compartidas. Al hablar, el sujeto renuncia a la comunicación omnipotente y silenciosa de la díada primaria para integrarse en la estructura social de la "tricorporalidad" (el Yo, el Tú y el código lingüístico común).

La escritura representa la consolidación definitiva de este proceso madurativo. Si el habla es volátil, el texto escrito materializa de forma permanente el mundo interno en un soporte físico y compartido que sobrevive a la ausencia del emisor. Escribir desde el Verdadero Self constituye un acto creativo y un esfuerzo de reparación que tiende puentes perdurables entre los tesoros del mundo subjetivo y la inmensidad del orden cultural. Sin embargo, si el ambiente fuerza la lectoescritura antes de que el psiquismo haya alcanzado la madurez de la fase de comprensión, el lenguaje corre el riesgo de disociarse, convirtiéndose en una herramienta mecánica del Falso Self orientada al mero cumplimiento adaptativo.

Esta tensión entre la necesidad de expresar creativamente el mundo interno y el riesgo de una adaptación forzada al entorno nos conduce a interrogar el límite de los intercambios humanos. Si bien el sujeto ha conquistado la capacidad de comunicarse en sociedad, existe en una dimensión personal que debe quedar permanentemente a salvo de las demandas del exterior, abriendo paso al análisis de la soberanía del sujeto que debe quedar a salvo de las demandas del exterior.

VI. DINÁMICAS DE LA COMUNICACIÓN Y EL NÚCLEO INCOMUNICADO DEL SELF

La consolidación de la fase de comprensión del mundo compartido altera profundamente las dinámicas de la comunicación humana. Esta sección se fundamenta en el texto de Winnicott de 1963, *El comunicarse y el no comunicarse que conducen a un estudio de ciertos opuestos* [7].

1. Evolución de la comunicación

Puesto que estas cuestiones ya han sido examinadas bajo la perspectiva de la relación de objeto, corresponde ahora advertir su incidencia directa en el estudio de la comunicación. Esto se debe a que las metas y los recursos comunicativos se transforman radicalmente a medida que el objeto transiciona de lo subjetivo a lo percibido objetivamente, conforme el infante se distancia paulatinamente del terreno de la omnipotencia experiencial.

“En la medida en que el objeto es subjetivo, para la comunicación con él resulta innecesario que sea explícito. En la medida en que el objeto es percibido objetivamente, la comunicación es explícita o bien muda. Entonces aparecen dos cosas nuevas: el uso y disfrute por el individuo de los modos de la comunicación, y el self que no se comunica, o núcleo personal del self que es un verdadero aislado” (239) [7].

2. Patología de la comunicación: Falso Self y Escisión

Cuando el ambiente facilitador y la provisión auxiliar fallan de manera severa en su función adaptativa, el infante se ve forzado a estructurar una escisión psicopatológica defensiva para proteger su integridad. Remitiéndonos al texto sobre la comunicación [7], Winnicott plantea que, a raíz de esta escisión, la personalidad se fragmenta en dos mitades con dinámicas contrapuestas:

- **La mitad sumisa (Falso Self):**

Con esta parte escindida, el niño se relaciona con el mundo exterior adaptándose de forma reactiva a las demandas del ambiente. Sin embargo, es imperativo advertir que este falso self opera fundamentalmente como un protector del verdadero self; su

función central es actuar como un escudo defensivo que contiene las intrusiones del entorno para salvaguardar el núcleo íntimo del sujeto, permitiendo así que el verdadero self pueda simplemente ser.

Desde esta perspectiva, el falso self puede manifestarse de dos maneras en la vida adulta y en la producción cultural. Por un lado, puede derivar en un estancamiento defensivo a través de producciones hiperintelectualizadas o escrituras disociadas que carecen de espontaneidad. Por otro lado, frente a expresiones como el arte abstracto, ese aparente "punto muerto comunicativo" —ese espacio ciego o en blanco que renuncia a la comunicación explícita— no debe entenderse necesariamente como un déficit. Al contrario, este vacío o punto ciego en el arte funciona muchas veces como el escenario idóneo para que el sujeto descansa de las exigencias adaptativas, propiciando un repliegue restaurador donde el individuo puede reencontrarse consigo mismo y experimentar la autenticidad de su verdadero self.

- **La mitad replegada (Self Verdadero):**

Como contraparte de esta dinámica protectora, nos encontramos con la reserva más íntima de la identidad. Con la otra mitad de la escisión, el infante se repliega hacia una comunicación secreta y silenciosa con objetos subjetivos y experiencias corporales. Esta comunicación en punto muerto es la única que le proporciona al sujeto el sentimiento profundo de lo real, operando como una no-comunicación activa o repliegue clínico frente a la intrusión de una realidad objetiva que es percibida como falsa o amenazante.

“Estoy postulando que en la persona sana (madura en lo concerniente al desarrollo de la relación objetal) tiene que haber algo que equivalga al estado de la persona escindida, en la cual una parte se comunica silenciosamente con los objetos subjetivos. Cabe la idea de que el relacionarse y comunicarse significativamente es silencioso” (241) [7].

Es decir, en el corazón de un desarrollo emocional saludable, coexiste un núcleo inviolable de la personalidad que resguarda la autenticidad del Self Verdadero. Este centro arcaico y soberano se mantiene en permanente incomunicación con el mundo

de los objetos percibidos; se trata de una zona íntima donde el sujeto conserva la certeza inconsciente de que su esencia más profunda jamás debe quedar expuesta a las exigencias de la realidad externa ni ser colonizada por las demandas del entorno.

“Sugiero que en la salud hay un núcleo de la personalidad que corresponde al self verdadero de la personalidad escindida; este núcleo nunca se comunica con el mundo de los objetos percibidos y que la persona individual sabe que nunca tiene que comunicarse con la realidad externa ni ser influida por ella” (245) [7].

“Aunque las personas sanas se comunican y disfrutan haciéndolo, hay otro hecho igualmente cierto: que cada individuo es un aislado en permanente incomunicación, permanentemente desconocido, en realidad no descubierto” (245) [7].

VII. APLICACIONES CLÍNICAS: EL ADOLESCENTE COMO AISLADO Y EL SILENCIO EN LA TRANSFERENCIA

Los desarrollos teóricos de la fase de comprensión y las dinámicas de la comunicación hallan una aplicación directa y de enorme valor práctico en dos escenarios clínicos fundamentales analizados: el abordaje de la adolescencia y el manejo técnico del silencio en la cura psicoanalítica.

1. El adolescente como aislado y la resistencia al tratamiento

Si bien el estudio del individuo como un aislado tiene una relevancia fundamental para comprender la infancia y la psicosis, considero imperativo extender este análisis al terreno de la adolescencia. El púbero puede describirse de múltiples modos, pero una de sus aristas constitutivas es la de un sujeto que se aísla de manera celosa. Esta preservación de la privacidad personal no constituye un capricho, sino que forma parte esencial de la búsqueda de su nueva identidad y de la estructuración de una técnica personal para comunicarse que resguarde la autenticidad del self.

De hecho, esta necesidad defensiva de incomunicación total explica una paradoja clínica recurrente: aunque a los adolescentes les interesen las teorías del psicoanálisis, rehúyen sistemáticamente el tratamiento terapéutico. Este rechazo se debe a que

sienten que el dispositivo analítico, al pretender interpretar y "descubrir", constituye una amenaza de violación a su núcleo central; una intrusión que no perciben en un sentido sexual, sino estrictamente espiritual.

Durante esta fase, el individuo está atravesando los cambios masivos de la pubertad y aún carece de la madurez emocional necesaria para insertarse plenamente en el mundo adulto. Por lo tanto, se produce un fortalecimiento masivo de las defensas contra el ser descubierto. Para el adolescente, lo que es verdaderamente personal y se siente real debe ser defendido a cualquier precio frente al entorno, incluso si esto implica una ceguera temporaria al valor de las soluciones intermedias. En este sentido, la célebre paradoja winnicottiana que postula que, “Se trata de un juego refinado de escondidas, en el que se disfruta estando oculto, pero no ser descubierto es un desastre” (242) [7] cobra una vigencia absoluta. El adolescente necesita defender su "alegría de ocultarse" para salvaguardar su self verdadero en crecimiento, pero al mismo tiempo depende vitalmente de la certeza de que existe un entorno adulto —y un encuadre terapéutico— que está firme y listo para "encontrarlo" sin forzarlo, respetando su aislamiento necesario hasta que él mismo decida emerger. Cuando este equilibrio fracasa, su soledad esencial se recrudece, manifestándose en esos agregados más bien que grupos donde se juntan para subrayar que cada individuo está, en el fondo, incomunicado.

2. El silencio en la transferencia como logro terapéutico

Tradicionalmente, el silencio en la sesión ha sido interpretado de forma casi unívoca como una manifestación de la resistencia del Yo frente a la emergencia de contenidos inconscientes reprimidos. Winnicott subvierte esta mirada al proponer

“En la práctica hay algo que debemos tener en cuenta en nuestro trabajo: el no comunicarse del paciente como contribución positiva. Debemos preguntarnos si nuestra técnica permite que el paciente comunique que no está comunicándose. Para advertirlo, nosotros, como analistas, tenemos que estar preparados para recibir la señal de “no me estoy comunicando”, y distinguirla de la señal de desazón

asociada con una falla en la comunicación. Esto se vincula con la idea de estar solo en presencia de alguien” (246) [7].

Lejos de ser una traba, el silencio clínico representa la primera oportunidad en la vida del sujeto donde este se siente lo suficientemente seguro para estar verdaderamente solo en presencia del analista. Gracias a la presencia de un analista que funciona como un Yo auxiliar confiable que no exige nada, el paciente puede abandonar temporalmente su máscara adaptativa, relajarse en la no-integración y redescubrir el impulso personal espontáneo que confiere el sentimiento de estar genuinamente vivo.

CONCLUSIÓN

El recorrido exhaustivo por el territorio de la tercera fase de desarrollo emocional primitivo —la fase de comprensión del mundo compartido— permite concluir que la consolidación del aparato psíquico es un logro emocional de una delicadeza extrema. El tránsito desde el sostén unicorporal y el resguardo bicorporal de la membrana hacia la instauración de una frontera formal del Yo marca el nacimiento del individuo como una entidad autónoma, capaz de discriminar con nitidez su realidad psíquica interna (el adentro) del entorno social verificable (el afuera). Esta frontera, lejos de ser un muro de aislamiento rígido, es la que faculta al ser humano para entablar relaciones de interdependencia social madura, asumiendo la responsabilidad ciudadana sin resignar su espontaneidad creativa.

La exploración de los pilares de esta fase pone de relieve que el acceso a la objetividad y al principio de realidad no es un proceso pacífico ni lineal. Requiere la concurrencia de paradojas lógicas fundamentales, el despliegue de una agresividad muscular que dote de externalidad al entorno y la presencia indispensable de una provisión ambiental y materna lo bastante buena que sea capaz de tolerar el rechazo, sobrevivir a la destructividad fantasiosa y presentar el mundo de forma estable y humana. El objeto transicional y el pasaje de la mera relación de objeto al uso pleno del objeto se revelan, así como los organizadores clínicos fundamentales de este periodo, jalonando la transición del solipsismo onnipotente del "Ser" a la riqueza del "Hacer" y del "Tener".

Finalmente, la articulación entre la teoría de la comunicación y el postulado del núcleo incomunicado del *self* verdadero ofrece una de las advertencias éticas y clínicas más

potentes del psicoanálisis. Si bien la fase de comprensión introduce al sujeto en el universo del lenguaje y la comunicación explícita, la salud mental habita en la preservación de ese reducto sagrado, pre-silencioso e inviolable que constituye el corazón de la identidad. El trauma, entendido como el pecado original contra el *self*, es siempre una intrusión comunicativa que violenta dicha soledad esencial. En última instancia, tanto el juego feliz del niño como las más elevadas producciones artísticas y culturales del adulto no son más que transacciones gloriosas encaminadas a suavizar el hecho crudo de nuestra soledad constitutiva, tendiendo puentes perdurables entre los tesoros de nuestro mundo subjetivo y la inmensidad del mundo compartido.

BIBLIOGRAFÍA

- [1] RABADÁN, M. (2023). Winnicott. Clínica de las agonías primitivas. CDMX: Ediciones D Jimena, Colegio Internacional de Educación Superior.
- [2] WINNICOTT, D. W. (1969). El uso de un objeto y la relación por medio de identificaciones. En: Realidad y juego. Barcelona: Gedisa, 1971.
- [3] WINNICOTT, D. W. (1951). Objetos transicionales y fenómenos transicionales. En: Realidad y juego. Barcelona: Gedisa, 1971.
- [4] WINNICOTT, D.W. (1958). La capacidad para estar solo. En: Los procesos de maduración y el ambiente facilitador: estudios para una teoría del desarrollo emocional. Buenos aires: Paidós, 2009.
- [5] WINNICOTT, D. W. (1963). De la dependencia a la independencia en el desarrollo del individuo. En: Los procesos de maduración y el ambiente facilitador: estudios para una teoría del desarrollo emocional. Buenos aires: Paidós, 2009.
- [6] WINNICOTT, D. W. (1956). La preocupación maternal primaria. En: Escritos de pediatría y psicoanálisis. Barcelona: Paidós, 1999.
- [7] WINNICOTT, D. W. (1963). El comunicarse y el no comunicarse que conducen a un estudio de ciertos opuestos. En: Los procesos de maduración y el ambiente facilitador: estudios para una teoría del desarrollo emocional. Buenos aires: Paidós, 2009.